

Arte y Letras

La popularidad del piano.—Los más famosos pianistas de hoy

DE una revista musical inglesa sacamos las siguientes interesantes noticias acerca del piano y de los pianistas más famosos de hoy.

Empieza el artículo por referirse al piano como al instrumento músico más popular, más generalmente cultivado. Y atribuye esta popularidad a dos factores igualmente importantes. Uno, el gran progreso técnico realizado en la construcción de dicho instrumento, que lo ha llevado a ajustarse tan perfectamente a las exigencias tanto del creador como del ejecutante. Y otro, la abundancia de creaciones musicales que se le han dedicado especialmente en toda época. Las composiciones de primer orden para el violoncello son pocas en número, las del violín, quizás más limitadas, en tanto que para el piano el campo es inmenso, hasta el punto de que ningún otro instrumento se aproxima ni remotamente en este respecto a él.

“En Inglaterra desde el año de 1914 hemos tenido muy pocos visitantes del exterior. El número de pianistas de primera fila que nos han deleitado ha sido asombrosamente pequeño. Paderewski, Busoni, Rosenthal, Godowsky, Siloti, Rachmaninoff no han visitado nuestras playas más de dos o tres veces, a pesar de lo bien que fueron recibidos, y algunos de ellos ¡ay! puede que no vuelvan más, pues Paderewski es ahora presidente de una república, y Siloti, el gran pianista ruso, está ahora envuelto en los acontecimientos políticos de su país. Hemos tenido, sin embargo, visitas periódicas del veterano De Pachmann, y, desde la guerra, un retorno de Cortot, el ejecutante francés, y de Frédéric Lamond el escocés. La ausencia por más de cuatro años de estos famosos pianistas ha contribuido a abrirle camino a los talentos nativos y hay que reconocer que la oportunidad se ha aprovechado bien. Debemos confesar, sin embargo, que no se ha revelado en este tiempo ningún ejecutante inglés de primer rango.

“Se oye a menudo a las generaciones viejas de músicos declarar que, no obstante los progresos hechos en la técnica del piano, no existen ejecutantes hoy capaces de medirse con Liszt y Rubinstein. Esto se debe probablemente a que Liszt y Rubinstein eran gigantes. Liszt no sólo fundó la moderna técnica del piano, como Paganini fundó la del violín, sino que fué también una fuerza dominante en el mundo de la música. Rubinstein poseía de igual modo una tremenda personalidad: gigante intelectual lo mismo que físico, que aun cuando su técnica no fué siempre uniformemente buena, le impartía invariablemente algo de su fuerza excepcional a todo cuanto interpretaba. El autor de este artículo nunca olvidará la ocasión en que de muchacho oyó a Rubinstein ejecutando la adaptación que hizo Liszt de la «Marcha Nupeial»; tres mil personas se levantaron a un tiempo, enloquecidas de emoción. Aquellos estruendosos aplausos se oían sólo—en aquellos tiempos—cuando hablaba en los mítines políticos Gladstone.

El éxito de Paderewski

“Durante algunos años después, Paderewski fué el más popular de los artistas del piano ante nuestro público. Muchos músicos opinaban que sus méritos se exageraban, no porque no tocara bien, sino porque había otros, de escuela y estilo distintos, que ejecutaban tan bien como él, pero que no podían llamar tanto la atención del vulgo. Paderewski había pensado venir a Inglaterra hace dos años, pero la amenaza de los submarinos lo indujo a cancelar su compromiso, con la consternación de la mayor parte de sus admiradores ingleses. Nadie puede negar la fascinación del nuevo presidente de Polonia, o el encanto romántico de su interpretación de las obras de una escuela determinada. Parece que no cultiva mucho la producción de Bach, ni tampoco obtiene de las sonatas de Beethoven el resultado que obtienen otros intérpretes no tan renombrados. Otros, también, hay que le superan en gradación y cualidad de tonalidad, pero en

nervio poético, vaguedad romántica y brillantez de ritmo, no hay quien le supere.

“Desde el eclipse de Paderewski en el 1894, De Pachmann ha ocupado sin duda alguna el primer lugar en el afecto del público. Mientras más frecuentemente ha ido apareciendo en público, más aumento han ido teniendo sus excentricidades y no podríamos siempre decir si lo que atrae al público es su música o sus rarezas. Lo que si es cierto es que las dos cosas juntas son irresistibles. Hay que reconocer que su destreza no ha disminuído, que su antigua magia, en toque leve como una pluma y capaz de arrancar al instrumento los más dulces y acariciantes tonos, siempre es igual. Como intérprete, apenas puede considerársele en serio. Sus programas son muy limitados, pero Mozart, Schumann y Chopin representan todo cuanto hay de mejor en el mundo para él y en este campo especial está solo. No es posible imaginar un intérprete de Chopin más perfecto.

“Busoni y Lamond, cada uno en su género, representan lo que puede llamarse el estilo intelectual de ejecución. Ninguno de ellos trata de cautivar románticamente a la manera de Paderewski y de Pachmann, o de deslumbrar con hazañas técnicas como las de Rosenthal y Godowsky. Busoni da una impresión de personalidad en un grado mayor que cualquiera otro de los pianistas contemporáneos y sin preocuparse especialmente de los problemas de técnica, tiene destreza bastante para revelar grandes dotes de interpretación y de individualidad. Quizás donde está mejor es en sus preludios, asombrosamente ingeniosos, sobre temas tomados de los coros de Bach. Sin ser un romántico, puede él ejecutar las grandes «Polonesas» de Chopin de una manera admirable, pero donde culmina toda su fuerza de interpretación es en los conciertos profundamente serios de Beethoven y Brahms y en las fantásticas transcripciones de Liszt.

“Lamond ha sido llamado el más grande pianista de nacionalidad inglesa y, en realidad, presenta mayor vigor de expresión que Borvich, quien hace tiempo no se presenta en público. Las últimas audiciones de Lamond han confirmado la opinión de que sus dotes se revelan mejor en vigor plástico y en fuerza imaginativa que en deicadezas de frase y tonalidad. En las últimas sonatas de Beethoven encuentra campo adecuado para sus dotes intelectuales de interpretación y en este género quizás su único rival es Busoni.

“Godowsky, que nos vino de América, fué una verdadera revelación de lo que los dedos humanos pueden hacer. Las dificultades técnicas por complicadas que sean no existen para él y la cualidad exquisita de su tono demuestra hasta qué punto la técnica significa más para él que la mera destreza de ejecución.

“Otros pianistas notables, aunque no tanto como los anteriores, son: Rosenthal y Harold Bauer, ninguno de los cuales ha sido oído desde hace tiempo en este lado del canal. La ejecución por Rosenthal de la fantasía de Liszt sobre «Don Juan» y la Interpretación de Schumann por Bauer son cosas imborrables en nuestra memoria. Ambos son pianistas de primera línea.

Celebridades rusas

“Rachmaninoff se exhibe como maestro en tres capacidades distintas. Es compositor de las más populares piezas modernas para piano. Probablemente es suya la más bella sinfonía que se ha compuesto en la última docena de años. Es también un ejecutante de primera clase. Rachmaninoff es un discípulo de ese otro delicioso pianista ruso, Siloti, y los dos juntos representan lo mejor que hay en la mejor escuela rusa de música, caracterizada por su penetración imaginativa y su sentido del misterio.

“Aunque Rachmaninoff es un ejecutante de extraordinaria destreza, una de las cosas que le distinguen ante todo es que no apela jamás a nada que parezca acrobatismo. Tanto él como Siloti están libres de la extravagancia que han cultivado algunos de sus colegas y ambos se imponen por su dominio sereno de todos los recursos del piano. Rachmaninoff está destinado a desempeñar un papel importante en el porvenir de la música eslava, pues posee una originalidad y fuerza, tanto como virtuoso como compositor, de la que hay derecho a esperar grandes cosas.

“Mark Hamburg es otro pianista ruso de personalidad que estuvo en Inglaterra durante la guerra. Se distingue principalmente por su vigor, que casi confina con lo sensacional, sin que le falten por eso dotes de interpretación. Más refinado que él es Moiseiwitsch, otro pianista ruso que se está haciendo rápidamente de una brillante reputación. Hace poco éste ejecutó el gran concierto de que es autor Rachmaninoff y fué opinión de muchos críticos inteligentes que superó en interpretación al mismo compositor.

“Pasando ahora de Rusia a Francia, el primer nombre que viene a nuestra memoria es el de Cortot, gran pianista francés que antes de la guerra se hizo de una gran reputación en Inglaterra, donde volvió a tocar hace poco. Cuatro años de conductor de automóviles en el ejército francés no son cosa para contribuir a su destreza en el piano, pero su ejecución del concierto «Emperor» es una hazaña reciente de su parte que demostró hasta qué punto Francia posee hoy uno de los más grandes pianistas del mundo. Es imposible de olvidar la insuperable manera como interpretó el Concierto para piano número 4 de Saint-Saens.

“Entre los pianistas ingleses de nombre consagrado figura Frederick Dawson, que pocas veces sale de su retiro desde hace tiempo. La brillantez de ejecución de este artista le ha conquistado fama en todo el mundo musical, especialmente en Alemania, por donde viajó mucho. Dawson es también un director de orquesta de gran poder.

Mujeres pianistas

“Mujeres pianistas de brillo excepcional no han faltado nunca. Los amateurs de otros tiempos recuerdan todavía a Sofia Menter y a la Esipoff, esposa de Leschetizky. Los de hoy no se olvidarán fácilmente de la Carreño, que pasó por nuestro horizonte con la deslumbradora fulguración de un meteoro. Ciertamente que ningún pianista, hombre o mujer, de mayor genio que la Carreño ha sido oído desde Rubinstein.

“Fanny Davies es una pianista distinguida que encarna dones de interpretación delicada semejantes a los que reveló Clara Schumann. Ningún pianista ha puesto jamás el empeño que ella pone en «hacer salir la música», más bien que en imponerse a los oyentes, que es a lo que aspiran la mayor parte de las estrellas de piano.

“Entre las mujeres pianistas que más se han distinguido recientemente, recordamos a Irene Scharrer y Adela Verne. Hace poco Lucy Pierce dió dos audiciones consagradas a la música de Schuman y a los veinticuatro preludios de Chopin, respectivamente, adquiriendo un gran éxito.”

Luego menciona el articulista los resonantes triunfos conquistados en Inglaterra por los músicos alemanes Wilhelm Backhaus y Egon Petri, quienes antes de la guerra hicieron su reputación en Inglaterra con fre-

cuentes audiciones. Wilhelm Backhaus fué quien se ganó el codiciado premio Rubinstein de París, pero donde ha sido siempre más popular es en Inglaterra, donde sólo a Paderewski se le tenía en más. Backhaus se distingue por su exquisitez de interpretación, en tanto que Petri por su vigor. Posee éste muchas de las cualidades de su maestro Busoni y entre otras la de dejar algunas veces a sus oyentes indecisos, sin saber si aplaudir o censurar, pero siempre posee una magia insuperable para imponer su personalidad y para estimular a sus oyentes.

Menciona también el articulista a dos pianistas australianos, Peroy Grainger y William Murdoch, que han vivido en Inglaterra mucho tiempo, poniendo de relieve muchas veces las espléndidas cualidades que distinguen a los grandes pianistas.

Otro pianista que se distingue por el fervor de misionero con que tiende a la popularización de la música moderna es R. J. Forbes, universalmente conocido como director de la Compañía de Opera O'Mara. Forbes sólo atiende como pianista a interpretar las obras de Vincent d'Indy, Ravel, Debussy y Delius y demás revolucionarios ultramodernos.

Y después de mencionar a otros pianistas ingleses menos conocidos, tales como Edward Isaacs y Frank Merrick, el artículo termina afirmando que:

“la inmensa popularidad del piano como instrumento, es debida en gran parte al hecho de que se basta a sí mismo, de un modo que no es posible en otros instrumentos. Volinistas o celistas necesitan un acompañamiento que les provea de la armonía, de que ellos carecen casi absolutamente. Y lo mismo sucede con los cantantes, todavía quizás en un grado mayor. En tanto que para el piano no es necesario hacer ninguna clase de arreglos, ni depender de otros artistas. De ahí el gran número de amateurs de este instrumento y la popularidad creciente que los conciertos de piano adquieren.

“Liszt fue el primer pianista que dió una audición íntegra de piano solo, esto es, todo el programa de toda una noche en que él era el único artista. El fué, pues, el padre de esta forma de espectáculos. Antes de él hubo buenos pianistas, pero que sólo aspiraban a mostrar habilidad técnica y corrección, en tanto que Chopin y Liszt inauguraron la escuela romántica, que ponía su empeño todo en efectos de brillantez y de poético ardor.”

Los teatros de Madrid

En el "Christian Science Monitor" de Septiembre 23, se da cuenta de los acontecimientos teatrales de mayor significación que se preparan para este invierno:

"Hay indicaciones—dice el corresponsal—de que la nueva temporada teatral que ha de comenzar pronto en Madrid será de mayor actividad y brillantez que las anteriores. Empresarios, actores y autores se mueven todos con el fin indicado y se oye hablar de nuevos movimientos, de experimentos interesantes y de importantes campañas."

Luego nos comunica el articulista que en el teatro «Princesa» va a actuar por primera vez la compañía "Atenea" formada con programa especial y fines especiales. Al regreso de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, trabajarán en este teatro.

"En el "Español", o bien tendremos a Migue. Muñoz trabajando con Matilde Moreno, Concha Torres, Joaquina Pino, Manolo González, Manuel Vigo y Mesejo, o bien a Ricardo Calvo con la Moraga, la Esparaza, Fuentes y Lola Velásquez. En el "Centro", Enrique Borrás estará hasta el mes de Enero. En el "Infanta Isabel" aparecerá Arturo Serrano en compañía de María Gómez, Alarcón y Sepúlveda, y en el Coliseo Imperial actuará la compañía de comedia Gómez-Ferrer.

"La compañía de zarzuela Martínez Sierra ocupará el teatro "Esclava" en Octubre. Manrique Gil trabajará en la "Latina" con una compañía de zarzuela que durante algunos años ha conquistado muchos éxitos en provincias. Por tes y Elvira Pardo serán vistos en Fuenarral.

"En materia de zarzuelas se han hecho arreglos para ocho compañías y en la mayor parte de los teatros consagrados a esta forma especial de diversión española, ocurrirán importantes cambios. En el "Martín", que es un teatro nuevo, habrá una compañía casi totalmente nueva de la que es director Salvador Vídgain y en la Zarzuela el compositor Pepe Serrano presentará tres nuevas obras que ha estado ensayando hace mucho tiempo".

Según nos dice este corresponsal, la compañía "Atenea" mencionada anteriormente, es una empresa nueva con fines muy ambiciosos que ha organizado Ricardo Baeza. Esta compañía se propone dar a conocer en España los mejores dramas del mundo.

"Su objeto no es el cultivo de ningún

culto dramático especial, sino únicamente presentar lo que aquí y fuera de aquí esté considerado como las mejores obras dramáticas de todos los tiempos y países.

"La idea de los promotores es que los mejores dramas no se escribieron sólo para el pueblo en cuya lengua se hicieron, pero que, a despecho de las traducciones y esfuerzos de algunos empresarios que de cuando en cuando reproducen las obras de maestros tales como Shakespeare, Molière e Ibsen, la tendencia de siempre ha sido el desdeñar estos grandes escritores de otros países. Ricardo Baeza se propone llevar a escena las grandes obras no bien conocidas de los dramaturgos de primera línea, e igualmente las de otros autores buenos de rango menor.

El programa de esta compañía "Atenea" es verdaderamente impresionante. Los dramas serán, por supuesto, presentados todos con títulos españoles, y he aquí la lista:

"La Gioconda", por d'Annunzio; "El Niño Eyolf," "Juan Gabriel Borkman, y "Hedda Gabler", por Ibsen; "Leonarda", por Bjornson; "Una Visita", por Brandes; "El Coehero de Hensche," y "Almas Solitarias", por Hauptmann; "El Poder de las Tinieblas", por Tolstoy; "Aglavena y Selyseta", por Maeterlinck; "La Importancia de ser serio" por Wilde; "El Candelero", por Alfred de Musset; "Jorge Dandin" o "El Marido Burlado" y "El Avaro", por Molière; "Judith", por Hebbel; "Macbeth" y "Coriolano", por Shakespeare, "La Mano de Mico", por Parker y Jacobs; "La Mujer del Médico", por Zambaldi; "El Conde Alarcos" "El Mismo Dano" y "El Señor de Pigmalion", por Grau; "Bárbara" y "Los Condenados" por Pérez Galdós; "Los Intereses Creados" y "El Marido de la Tellez," por Jacinto Benavente; "Don Juan de Carillana," por Jacinto Grau, y "Eco," por Goy de Silva.

Aunque el programa, como habéis visto, es colosal, todavía no incluye todo cuanto se propone llevar a cabo Ricardo Baeza. En el desarrollo de su plan de «un teatro universal» espera él llevar a la escena en su día obras rusas de autores como Gogol y Andreef, alemanas del gran dramaturgo Wedekind, e inglesas por Bernard Shaw.

"Sería tonto el tratar de llevar a cabo una gran empresa de este carácter con actores de segundo orden, y por con-

siguiente fué preciso el reunir una compañía especial cuyos miembros se distinguieron por su flexibilidad, versatilidad y aguda apreciación de la dignidad del gran drama. Miguel Muñoz será el primer actor de la compañía, en la que figurarán también Elvira Moria, Herminia Peñaranda, Mercedes San Pedro, Camino Garrigo, Raymonde de Back, Juana Cáceres, Concha Zeda, Emma Alvarado, Cristina Ortega, Alfredo Gómez de la Vega, Fernando Venegas, Gonzalo Delgras, Rafael M. Acebal, C. Martínez, Perales, Portillo.

“El arte por encima del comercialismo, será el lema de los directores.

“Se duda mucho de la aceptación que haya de tener en el público la labor de esta empresa. Hay que tener en cuenta que el teatro español en general ha sido muy «peninsular». Los españoles sólo gustan al parecer de las obras españolas y no hacen caso de las mejores extranjeras. Esa es al menos la idea en que hasta la fecha han venido basándose, con razón o sin ella, los empresarios. De cuando en cuando se ha hecho alguna traducción de alguna famosa obra inglesa o francesa, pero en ninguna ocasión estas obras han constituido parte principal del programa de ninguna compañía.

“La compañía “Atenea” hizo una breve turné en las provincias, por vía de ensayo, y ahora ocupará el teatro Princesa de Madrid, a partir de Septiembre, manteniéndose en éste hasta que María Guerrero lo necesite, que no será hasta fin de año”.

El último drama de Bernard Shaw.—“La Casa doliente” (Heartbreak House)

El gran pensador inglés describe éste su último drama como “una fantasía, a la manera rusa, sobre temas ingleses.”

El drama, que hace el número 26 de su repertorio, no ha llegado todavía a nuestras manos. Así pues, no tenemos más remedio que resignarnos a hablar de él por las referencias, no siempre limpias de hostilidad sistemática e incomprensiva, que encontramos en periódico de espíritu tan impermeable a la ideología «shaviana» como el «Current Opinion» de los Estados Unidos, cuyo último número consagra varias páginas al comentario y reproducción parcial de dicha obra. Consideramos de tan alto precio, sin embargo, todo cuanto sale de la pluma de

Shaw sobre los problemas del día, que nos reservamos el placer de una más amplia y directa información acerca de esta obra para cuando haya llegado íntegra a nuestras manos.

Este drama tiene, como todos los de Shaw, un prefacio de un interés extraordinario en que el autor nos hace una pintura genial «de la Europa culta y ociosa de antes de la guerra». Shaw compara este círculo distinguido con los que aparecen en los dramas de Tchekov:

“Las mismas gentes de buen tono, con las mismas pródidas rentas que nada hicieron por ganar. Las mujeres en su juventud procuraban parecerse lo más posible en su traje a actrices de opereta, ajustándose en lo posible al tipo de belleza imaginado por la generación anterior de pintores. Estas gentes se apoderaron de la única zona de nuestra sociedad en que había ocio bastante para la alta cultura y la convirtieron en un vacío económico, político, y, hasta donde era posible, moral. Y como la naturaleza, que le tiene horror al vacío, inmediatamente lo llenó de sexo y de toda suerte de placeres refinados, era un lugar muy delicioso sólo para ciertos momentos de disipación. En otros momentos era desastroso. Para Primeros ministros y personajes de esta clase, era una verdadera Capus.”

Luego entra el autor a tratar del tema principal, o sea, de la guerra, y al mencionar los crímenes que el terror produjo en las naciones de Europa, consagra este acre párrafo a los Estados Unidos:

“Fué, sin embargo, en los Estados Unidos de América, donde nadie durmió peor por causa de la guerra, que la fiebre bélica traspasó todos los límites de la razón. En los tribunales de Europa hubo en abundancia ilegalidades vengativas, pero en los tribunales americanos se llegó hasta el delirio. No me incumbe a mí el hacer la crónica de los extravíos de un aliado; esta tarea la dejo para un americano sincero. Lo único que yo puedo decir es que para nosotros,—que nos sentábamos en nuestros patios ingleses mientras los cañones de Francia se hacían sentir, por latidos del aire, tan distintamente como un sonido audible y que, con el alma en vilo, estudiábamos las fases de la luna en Londres, por lo que pudieran influir en la eventualidad de que nuestras casas permanecieran en pie, o de que nosotros mismos estuviéramos vivos, a la mañana siguiente—los relatos de los periódicos en que se describían las sentencias que los tribunales ame-

ricanos estaban fulminando hasta contra muchachas y viejos, por expresar opiniones que en aquellos mismos momentos eran escuchadas con grandes aplausos por grandes multitudes en Inglaterra, eran cosa tan sorprendente que por el momento hasta los cañones y los ataques de los aeroplanos se nos iban de la cabeza...

“Pero, no contentos con estos atropellos realizados al amparo de las leyes existentes, los monomaniacos de la guerra se dedicaron con frenético ardor a la abolición de todas las garantías constitucionales que protegían la libertad y el bienestar individual.”

Luego pasa a hablar del teatro y hace esta brillante defensa del «eterno teatro»:

“Por más Bastillas que caigan, el teatro se mantendrá siempre firme. Los apostólicos Hapsburgos están derrumbados. Su Altísima Magestad Hohenzollern languidece en Holanda, amenazado de ser procesado por el infame crimen de luchar por su país contra Inglaterra. El imperial Romanoff, que se cree ha perecido obscuramente bajo un sistema de asesinato más sumario, está quizás vivo o quizás muerto. Nadie le da más importancia a su vida o a su muerte que si se tratara de un labriego; el Señor de Grecia ocupa el mismo nivel de sus lacayos en la república suiza. Primeros Ministros y Generalísimos han pasado de una breve gloria de Solones y Césares al fracaso y al olvido, en tan rápida sucesión como los descendientes de Banquo; pero Eurípides y Aristophanes, Shakespeare y Molière, Goethe e Ibsen permanecen firmes en sus imperecederos puestos.

“En cuanto a mí, es posible que se me pregunte por qué no escribí dos dramas sobre la guerra en lugar de escribir sólo dos folletos. La contestación es fácil. No es posible hacerle guerra a la guerra y guerra al vecino al mismo tiempo. La guerra no puede soportar el terrible azote de la Comedia, la cruda luz de risa que relumbra en la escena. Cuando los hombres están muriendo heroicamente por su país no es ocasión de demostrarles a sus novias, y esposas, y padres y madres cómo se les está sacrificando a los desatinos de los imbeciles, a la codicia de los capitalistas, a la ambición de los conquistadores, a la pesca electoral de los demagogos, al fari-seismo de los patriotas, a los apetitos y mentiras, rencores y voracidades que tanto gustan de la guerra porque ésta echa abajo las murallas que los detienen y los coloca en el trono del poder y de la po-

pularidad. Pues a menos que estas cosas se pongan al descubierto implacablemente, siempre se esconderán bajo la capa de los ideales en la escena tanto como en la vida real.

“Y aunque uno tenga cosas mejores por revelar, puede que no sea, seguramente que no es, militarmente factible el revelarlas mientras la contienda está pendiente. La expresión de la verdad no es compatible con la defensa del reino... Hé ahí por qué la Comedia, aunque sujeta a una gran tentación, tuvo que mantenerse lealmente callada; pues el arte del poeta dramático no sabe de patriotismos, no reconoce más obligación que la de la verdad para con la historia natural... y así se convierte en tiempos de guerra en un peligro militar más grande que el gas asfixiante. Por eso es por lo que yo tuve que mantener mi «Casa doliente» lejos de las tablas durante la guerra; pues los alemanes podrían cualquier noche haber convertido el último acto del drama en realidad y quizás ni habrían esperado siquiera a que les llegase el turno.”

Y ahora, el drama. Para la mejor inteligencia del mismo es conveniente conocer de antemano las figuras que en él se mueven. La escena tiene lugar en la cresta norte de las montañas de Sussex, en la casa de un viejo capitán de marina llamado Shotover. Esta casa está construída como un barco y la sala es como un camarote. Aquí vive el capitán con su hija, una mujer casada cuyo nombre es la señora Hesione Hushabye y el nombre de su marido Héctor. También vamos conociendo por orden: a Ellie Dunn, muchacha inteligente de puro tipo shavian; a la señora Lady Utterword, que se escapó siendo muy joven de la casa de su padre con su amante; al joven-tonto y pesimista—Randall, cuñado de Lady Utterword; a Mr. Mangan, tipo de agiotista con quien la señorita Ellie está más o menos comprometida; a Mazzini Dunn, padre de Ellie Dunn. Hay que tener en cuenta que Héctor Hushabye, aunque presentado ya como marido de la señora Hessione, hija del capitán, le ha hecho, en otro tiempo y con otro nombre, el amor a Ellie, quien por esta causa ha quedado «con el corazón destrozado».

El capitán Shotover, a despecho de sus ochenta y ocho años, y de su falta de memoria, es realmente la figura central del drama y una de las más interesantes que Shaw haya creado jamás. Cuando su hija Lady Utterword llega de regreso a su casa paterna, después de una ausencia de 23 años, y encuentra que nadie la sale a recibir, es

porque el capitán ha dicho antes: "El término natural de afecto de un animal humano para su prole es de seis años. Mi hija nació cuando yo tenía 46. Ahora tengo 88... Si pregunta por mí, díganle que estoy ya demasiado viejo y que la he olvidado por completo."

Lady Utterword, por su parte, le explica a la señorita Ellie las peculiaridades de la casa de su padre, siendo de advertir que a Ellie tampoco la recibió nadie:

"Lady Utterword.—(Dejándose caer en un sofá).—Ya imagino cómo debe usted sentirse. ¡Oh, esta casa, esta casa! Regreso a ella después de 23 años; y la encuentro igual: el equipaje en la escalera, los sirvientes echados a perder de puro insolentes; nadie en la casa para recibir a nadie, ninguna regularidad en las comidas, nadie con hambre nunca porque siempre están mordiscando pan y mantequilla, o manzanas, y, lo que es peor, el mismo desorden en las ideas, en las palabras, en los sentimientos. Cuando yo era niña estaba acostumbrada a ello: nunca había conocido nada mejor, aunque me sentía infeliz y suspiraba todo el tiempo—oh, sí, siempre—por ser respetable, por ser lo que se dice una dama, por vivir como los otros vivían y no tener que pensar siempre por mí misma. Me casé a los 19 años para escapar a todo esto. Mi marido es Sir Hastings Utterword, que ha sido Gobernador de todas las colonias del reino, una tras otra. Yo he sido siempre la Señora del Palacio de Gobierno. Y he sido tan feliz, que hasta había olvidado que las gentes podían vivir como aquí. Deseaba ver a mi padre, a mi hermana, a mis sobrinas (es lo natural ¿no?) y de momento en momento esperaba venir. Pero... ¡en qué estado encuentro esta casa! ¡Cómo soy recibida! ¡Qué insolencia la de esa mujer Guinness, nuestra antigua nodriza! Realmente, Hesiones debía siquiera haber estado aquí: así algo se habría preparado para mí. Ustedes dispensen si me desahogo de este modo; pero en realidad estoy muy sentida, y molesta, y decepcionada... Si me hubiera figurado que iba a ser así no habría venido. Tengo ganas de marcharme otra vez, sin decir palabra.. (Está a punto de llorar)."

El viejo capitán no ha reconocido, o aparenta no haber reconocido, a su hija.

"—Lady Utterword.—Pero yo soy tu hija. Hace muchos años que no me ves.

"—El Capitán.—Tanto peor! Cuando nuestros parientes están en casa, tenemos que pensar constantemente en su lado bueno, pues de otro modo sería imposible so-

portarlos. Pero, cuando están lejos, nos consolamos de su ausencia no pensando sino en sus defectos. He aquí por qué yo he venido a creer que mi ausente hija Ariadne era una verdadera calamidad. Es inútil, pues, que trate usted de congraciarse conmigo haciéndose pasar por ella.

"(Sigue paseando hasta el otro extremo de la habitación).

A la señora Hushabye le confiesa Ellie Dunn que ella en realidad no ama a Mangan, quien se ha vuelto enormemente rico durante el curso de la guerra. A quien ella ama verdaderamente es a un sujeto llamado Marcus Darnley. Este aparece entonces en escena y resulta ser nada menos que Héctor Hushabye, marido de Hesione.. La superchería no sorprende, sin embargo, a Hesione, pues ella sabe hace tiempo que su marido es un incurable embustero. Y para darle a Ellie ocasión de que lllore a sus anchas, hace que su marido salga de la sala. Pero Ellie no parece dispuesta a llorar.

"—Ellie.—(Volviéndose hacia Hesione). Espléndido! Sí; es verdaderamente un tipo espléndido. Pero, dígame, ¿cómo siente usted amor por un embustero?

"Mr. Hushabye.—No sé. Pero, afortunadamente, la cosa no es imposible. De otro modo, habría muy poco que amar en el mundo.

"—Ellie.—Pero mentir de ese modo... Ser un fanfarrón, un cobarde.

"—Hrs. Hushabye.—(Levantándose alarmada).. Oh, Ellie, no siga usted, se lo ruego. Si usted insinúa la más ligera duda acción más peligrosa, sólo para convencer que no tarda un minuto en lanzarse a la acción más peligrosa sólo para convencerse de que no es tal cobarde. Tiene una costumbre horrible de bajar como un gato, desde el balcón del tercer piso al segundo, sólo para probar sus nervios. Posee un cajón lleno de las medallas que le han dado por las vidas que lleva salvadas con peligro de la suya.

"—Ellie.—Nunca le oí hablar de eso.

"—Mrs. Hushabye.—El no se alaba nunca de nada que haya hecho. No lo puede soportar. Y se avergüenza como un chiquillo si alguien lo intenta. Todos sus cuentos son inventados.

"—Ellie.—(Aproximándose a ella vivamente)..—¿Quiere usted decir que él es verdaderamente valiente y que realmente tiene aventuras, sin embargo de lo cual cuenta historias falsas de cosas que nunca hizo y que nunca sucedieron?

"Mr. Hushabye.—Sí, hija, sí. Las gentes no tienen sus virtudes y sus defectos

separados. Los tienen de todos modos. Todo mezclado.

“—Ellie.—(Que se la queda mirando pensativa un momento).—Hay algo de extraño en esta casa, Hesione y también en usted. No sé cómo estoy hablando con usted con tanta calma. Tengo un horrible temor de que mi corazón está destrozado, pero no siento la angustia que esperaba sentir...

“—Mrs. Hushabye.—(Acariciándola).—Eso no es nada. No es sino que la vida la está enseñando, Ellie. ¿Y cómo se siente ahora con respecto a Mangan?

“—Ellie.—(Apartándose con expresión de disgusto).—¡Oh, cómo puede usted hablarme de él, Hesione?

“Mrs. Hushabye.—Lo siento, querida. Pero creo que ahí viene Héctor. Ya no teme nada, ¿verdad?

“—Ellie.—Ciertamente que no. Ya estoy curada completamente.

Luego Héctor Hushabye comienza un «flirt», con su cuñada, Lady Utterword, quien le explica que ella prefiere la respetabilidad a las maneras y costumbres bohemias de la casa de su padre.

“—Lady Utterword.—Debo advertirle una vez más que soy una mujer rígidamente convencional. Usted podría creer que puesto que soy una Shotover soy bohemia, ya que aquí somos todos tan horrorosamente bohemios. Pero se equivocaría conmigo. Odio y desprecio el bohemianismo. Ningún niño criado en un hogar estrictamente puritano ha sufrido nunca, a causa del puritanismo, como he sufrido yo a causa del bohemianismo.

“—Héctor.—A nuestros niños todos les pasa igual. Se van a pasar los días de fiesta en las casas de sus condiscípulos de más austera respetabilidad.

“—Lady Utterword.—Me los voy a llevar a casa para Christmas.

“—Héctor.—La ausencia de esos niños nos dejaría sin nuestros naturales chaperones.

“—Lady Utterword.—Verdaderamente son muy inconvenientes los niños algunas veces. Pero siempre las gentes inteligentes logran manejarlos, a menos que no sean bohemios.

“—Héctor.—Usted no es bohemia; pero tampoco es puritana. Usted posee un encanto vivo y fuerte. ¿Qué clase de mujer cree usted que es?

“—Lady Utterword.—Soy una mujer del mundo, Héctor; y puedo asegurarle que si uno se toma siempre la molestia de proceder lo más correctamente posible v

de decir siempre la expresión más correcta, podrá hacer siempre lo que se le antoje. Una mujer negligente y de conducta impropia, no va a ninguna parte. Un hombre negligente y de conducta impropia, nunca llega a cautivar la atención de ninguna mujer que valga la pena.

“Héctor.—Ya lo veo. Usted no es ni estrictamente una mujer bohemia, ni una mujer puritana. Usted es una mujer peligrosa.”

Al final del primer acto, se descubre al capitán yendo de un lado para otro por los salones de esta extraña casa, con un paquete de dinamita en la mano. Héctor le pregunta para qué quiere la dinamita y recibe la respuesta de que es «para matar individuos como Mangan». Esto da lugar a un fragmento de diálogo interesante:

“—Capitán Shotover.—¿Qué le vamos a hacer? ¿Vamos a estar siempre condenados a vivir en el lodo por estos cerdos para quienes el universo no es sino una máquina para engrasaries las cerdas y llenarles la trompa?

“—Héctor.—¿Las cerdas de Mangan son algo peor acaso que los rizos de Randall?

“—Capitán Shotover.—Tenemos que ejercer poderes de vida y muerte sobre ellos. Yo me resisto a morir hasta no haber inventado un medio.

“—Héctor.—¿Y quienes somos nosotros para juzgarles?

“—Capitán Shotover.—¿Quiénes son ellos para juzgarnos a nosotros? Y sin embargo, nos juzgan sin vacilar. Existe un abismo de odio entre nuestra casta y la casta de ellos. Ellos lo saben y actúan en consecuencia, estrangulando nuestras almas. Ellos creen en sí mismos. Cuando creamos nosotros en nosotros mismos, los mataremos.

“—Héctor.—Somos de la misma casta. Usted olvida que su pirata tiene una hija adorable. El hijo de Mangan muy bien puede ser un Platón; el de Randall, un Shelley. ¿Qué era mi padre?

“—Capitán Shotover.—El bandido más grande que he conocido.

“—Héctor.—Precisamente. ¿Se atrevería usted a matar a sus inocentes nietos?

“—Capitán Shotover.—Lo son míos también.

“Héctor.—¿Vé usted? Somos parte los unos de los otros. (Se deja caer negligentemente en el sofá). Yo también he pensado a menudo en esto de matar sabandijas humanas. Muchos hombres han pensado lo mismo. Lo hombres decentes son co-

mo Daniel en la cueva del león: su supervivencia es un milagro, y no siempre sobreviven. Vivimos entre los Mangans y los Randalls y los Billie Dunns, como ellos, pobres diablos; viven entre los microbios y los médicos, y los abogados, y los curas, y los «chefs de restaurant», y los comerciantes, y los sirvientes, y toda la legión de parásitos y explotadores. ¿Qué son nuestros terrores junto a los de ellos? Dadme el poder de matarlos y les dejaré vivos sólo por...

—Capitán Shotover.—(Interrumpiéndole ásperamente).—Amor al prójimo?

—Héctor.—No. si yo creyera eso me suicidaría. Yo debo creer que mi chispa, pequeña y todo como es, es divina, y que la luz roja que brilla sobre la puerta de ellos es fuego del infierno. Yo los perdonaría simplemente por magnánima piedad.

—Capitán Shotover.—Usted no les puede perdonar la vida mientras usted no tenga el poder de matarlos. Actualmente son ellos los que tienen el poder de matarlo a usted. Al otro lado del mar hay millones de negros que ellos pueden adiestrar para echarlos sobre nosotros. Y ellos lo van a hacer. Lo están haciendo ya.

—Héctor.—Son demasiado estúpidos para hacer uso de su fuerza.

—Capitán Shotover.—(Levantándose y viniendo hasta el extremo del sofá). No se engañe usted a sí mismo: ellos hacen uso de su fuerza. Nosotros matamos la mejor mitad de nosotros mismos todos los días, sólo para propiciarles. La idea de que estas gentes están ahí para volver estériles todas nuestras aspiraciones, nos priva de tener aspiraciones. Y cuando sentimos la tentación de buscar la manera de destruirlos, ellos se valen de verdaderos demonios para engañarnos, disfrazados de hijas bonitas, y cantantes, y poetas, y demás. Y por afecto a éstos, los respetamos a ellos.

—Héctor.—(Incorporándose e inclinandose hacia él).—¿No podría Hesione ser un bello demonio de que usted se valió por miedo de que yo le matara?

—Capitán Shotover.—Es posible. Ella ha jugado con usted y no le ha dejado sino sueños, como hacen algunas mujeres.

—Héctor.—Mujeres vampiresas, mujeres demonios.

—Capitán Shotover.—Los hombres creen que el mundo está irremisiblemente perdido para ellos y por esa creencia lo dejan perder. ¿Quiénes son los únicos hombres que hacen cosas? Los maridos de las

astutas y las borrachas, los hombres que tienen una espina clavada en el costado. (Levantándose y encaminándose distraído hacia la despensa). Tengo que pensar despacio sobre estas cosas. (Volviéndose de pronto). Pero yo continúo con mi dinamita, de todos modos. He de descubrir un rayo más poderoso que los rayos X: un rayo mental que haga estallar las municiones en el cinturón de mi adversario antes de que él pueda apuntarme con su fusil. Y tengo que darme prisa. Soy viejo: no puedo perder el tiempo en mera conversación."

El autor acude aquí al expediente de farsa de hacer que Ellie hipnotice al pobre Mangan. El pobre agiotista se entera así de todo lo que los habitantes de la Casa Doliente tienen que decir de él, ya que lo creen dormido. Y lo que dicen no es en manera alguna halagüeño. Mrs. Hushabye profesa el romántico ideal convencional de la cruel fuerza del «capitán de industria». Pero Mazzini Dunn—padre de Ellie—le dice que Mangan no es en realidad más que un niño, que sólo piensa en hacer dinero, pero que no sabe lo que ha de hacer con el dinero después de hecho. No obstante, sigue siendo necesario, imprescindible para el negocio.

—Mazzini.—Oh, no sería posible; nuestro negocio sin él se vendría al suelo en un año. Yo lo he intentado y sé a qué atenerme. Nosotros gastaríamos demasiado en todo. Nos daría por mejorar la condición de los artículos y esto los haría demasiado caros. Nos volveríamos sentimentales ante las desgracias de los trabajadores. Pero Mangan es el que nos mantiene a raya. El está encima siempre, para cada centavo extra que tratamos de gastar. No podríamos dar un paso sin él. Como que es hombre capaz de quedarse en vela toda una noche pensando en la manera de ahorrarse seis centavos. Sin embargo, ya Ellie se encargará de sacarlo de sus casillas cuando coja ella las llaves de su casa.

—Mrs. Hushabye.—Pero entonces el hombre es un timo hasta como capitán de industria.

—Mazzini.—Tengo miedo de que todos los capitanes de industria sean lo que usted llama timos, Mrs. Hushabye. Por supuesto que hay algunos industriales que realmente entienden su negocio; pero nunca éstos acumulan tantos beneficios como Mangan. Lo que yo le aseguro es que Mangan es verdaderamente un buen sujeto, a su modo. Siempre tiene buenas intenciones.

—Mrs. Hushabye.—Lo que es de aspec

to no anda muy bien. Se ve a la legua que no está en su primera juventud, no?

“Mazzini.—Después de todo, ningún marido está en su primera juventud mucho tiempo, señora Hushabye. Y ahora ya no quedan hombres que puedan darse el lujo de casarse en la primera juventud.”

El momento culminante de este acto ocurre en la escena entre la joven Ellie y el viejo capitán. Ellie dice a éste que ella piensa casarse con Mangan por su dinero. Y dudosa acerca de cuál de los dos—ella o Mangan—sale ganando con el pacto, el capitán le asegura que es ella:

“Capitán Shotover.—Individuos como éste viven todo el día en su oficina. Usted tendrá que resignarse a su compañía desde la cena hasta el desayuno, pero la mayor parte de ese tiempo se la pasarán dormidos. Y durante el día estará usted completamente libre de él, yéndose de tiendas con su dinero. Pero si eso fuese demasiado para usted, cácese con un hombre de mar y tendrá que aburrirse con él sólo tres semanas cada año a lo más.

“Ellie.—Eso sería lo mejor, creo.

“Capitán Shotover.—Es muy peligroso estar demasiado casado, como le sucede al marido de mi hija. El hombre está todo el día en la casa lo mismo que un ánima en pena.

“Ellie.—No había pensado yo en eso antes.

“Capitán Shotover.—Si usted se casa por negocio debe usted tratar de hacer el mejor negocio posible.

“Ellie.—¿Por qué será que las mujeres desean siempre los maridos de las otras mujeres?

“Capitán Shotover.—¿Por qué los ladrones de caballos prefieren el caballo domesticado al cerril?

“Ellie.—(Sonriéndose).—Es verdad... ¡Qué mundo más cochino éste!

“Capitán Shotover.—A mi no me importa ya gran cosa. Es tan poco lo que me queda en él.

“Ellie.—En cambio yo estoy comenzando.

“Capitán Shotover.—Sí; esté alerta, pues.

“Ellie.—¡Oh, sí! Yo trato de ser muy prudente.

“Capitán Shotover.—Yo no dije prudente. Yo dije alerta.

“Ellie.—¿Cuál es la diferencia?

“Capitán Shotover.—Prudente es el que se gana el mundo entero y pierde su propia alma. Pero no olvide que su alma no la abandona nunca si usted no la aban-

dona a ella; en cambio, el mundo tiene siempre la tendencia a escurrirse por entre los dedos.

“Ellie.—(Levantándose malhumorada y comenzando a pasearse nerviosa por la sala).—Yo lo siento, capitán Shotover; pero no vale la pena hablarme a mí de ese modo. Las gentes de tiempo viejo no tienen nada que decirme. Las gentes de tiempo viejo creen que uno puede tener alma sin dinero. Creen que mientras menos dinero tenga uno, más alma tiene. La gente joven de hoy sabe de eso mucho más. Un alma es algo muy costoso, algo que cuesta mucho mantener: mucho más que un automóvil.

“Capitán Shotover.—¿Sí? ¿Cuánto se come su alma cada día?

“Ellie.—Oh, muchísimo! Come música, y cuadros, y libros, y montañas, y lagos, y cosas hermosas para adornarse, y gentes agradables para hacerle compañía. En este país no es posible tener esas cosas sin gastar mucho dinero; por eso es que nuestras almas padecen tan terribles hambres.

“Capitán Shotover.—El alma de Mangan se sostiene con sólo la ración de un cerdo.

“Ellie.—Sí; el dinero no le sirve de nada. Yo creo que su alma se murió de hambre desde que él era niño. Pero conmigo es diferente. Precisamente porque deseo salvar mi alma es que me estoy casando por dinero. Y todas las mujeres que no son tontas hacen lo mismo.

“Capitán Shotover.—Otros medios hay de hacer dinero. ¿Por qué no roba?

“Ellie.—Porque no quiero ir a la cárcel.

“Capitán Shotover.—¿Es esa la única razón? ¿Está usted segura de que la honradez no tiene nada que ver con ello?

“Ellie.—Oh, usted está muy atrasado, demasiado atrasado, capitán! ¿Usted cree que ninguna muchacha de hoy puede pensar que los medios legales e ilegales de hacer dinero son los medios honrados y no honrados? Mangan le robó a mi padre y a los amigos de mi padre. Yo debería robarle a él todo el dinero que él se robó, si la policía lo consintiese. Como la policía no me deja, trato de recobrar mi dinero casándome con él.

“Capitán Shotover.—No puedo discutir: soy demasiado viejo, mi cabeza está agotada y de nada me sirve. Todo cuanto le puedo decir es que, atrasado o moderno, si usted se vende a sí misma, usted le infiere una herida a su alma que ningún libro, ni cuadro, ni concierto, ni paisaje en

todo el mundo podrá curar. (Se levanta de súbito y se dirige a la despensa).

“Ellie.—Yo aparentaré que me vendo a Mangan, sólo con el fin de salvar mi alma de la pobreza que me está condenando a mí pulgada a pulgada.

“Capitán Shotover.—Las riquezas la condenarán a usted diez veces más pronto. Las riquezas no le salvarán ni siquiera el cuerpo.

“Ellie.—Otra vez atrasado! Hoy ya sabemos que el alma es el cuerpo y que el cuerpo es el alma. Se nos dice que son distintos sólo porque se quiere persuadirnos de que podemos sostener nuestras almas si dejamos que nos esclavicen los cuerpos. Me temo que no ha de valerme usted mucho, capitán.

“Capitán Shotover.—¿Qué esperaba usted? ¿Un salvador, eh? ¿Tan atrasada es usted que cree en eso?

“Ellie.—No. Pero yo creía que usted sabía mucho y que podría ayudarme. Ahora ya sé a qué atenerme con usted.”

El último acto se desarrolla en el jardín de la extraña casa, por el cual discurren estas extrañas parejas. Es una bella y tranquila noche sin luna. De pronto se produce un gran alboroto entre el grupo, a causa de que Mangan se ha querido despojar de toda su ropa.

“Mrs. Hushabye.—(Cogiéndole por el brazo y parándolo).—¡Alfredo, por Dios! ¿Está usted loco? ¿No le dá vergüenza?

“Mangan.—Vergüenza, ¿Qué vergüenza hay en esta casa? Desnudémonos todos hasta quedar en cueros. No veo por qué no hayamos de hacer las cosas completas. Todos nos hemos desnudado ya moralmente. Pues bien, quedémonos físicamente desnudos también y veremos a lo que sabe. Yo le digo a usted que no puedo soportar más esto. Yo fui eriado para una vida respetable. No me importa que las mujeres se pinten el pelo y que los hombres beban; eso al fin es natural. Pero no es natural que no podamos tener nada reservado. Cada vez que uno de ustedes abre la boca, yo tengo que hacer esto (se cubre la cara como para evitar una pedrada), por miedo de lo que vendrá en seguida. ¿Cómo vamos a conservar ninguna dignidad si nunca procuramos aparentar que somos mejores de lo que somos en realidad?

“Lady Utterword.—Pienso como usted, Mr. Mangan. Yo he pasado ya por la misma prueba y sé por experiencia que los hombres y las mujeres son plantas delicadas que deben cultivarse bajo techado de vidrios. Nuestro hábito de familia de

tirar piedras en todas direcciones y dejar que entre por todas partes el aire, no es sólo intolerablemente rudo, sino también positivamente peligroso. Pero, después de todo, no hay para qué coger catarros físicos además de los morales. Sírvase, pues, dejarse la ropa en paz.”

Entonces aparece Ellie Dunn y anuncia que media hora antes el capitán la ha hecho su esposa “en el cielo, donde se hacen todos los verdaderos matrimonios.”

“Yo, Ellie Dunn, declaro que regalé mi corazón dolorido y mi fuerte y sana alma a su capitán natural, mi marido espiritual y mi segundo padre.”

Termina el drama con un ataque de aeroplanos alemanes contra Sussex. La casa en forma de barco que se destaca sobre las montañas es un símbolo.

“Capitán Shotover.—En el mar, nada le ocurre al mar. Nada le ocurre al cielo. El sol se levanta en el Este y se hunde por el Oeste. La luna se va trocando lentamente de hoz en foco voltáico y vuelve otra vez y otra vez hasta que se pierde en la luz como se pierden otras cosas en la sombra. Después de la borrasca marina, el pez volador brilla a la luz del sol como los pájaros. Es asombroso cómo, después de todo, todas estas cosas siguen adelante sin que nada les pase. Nada sucede, excepto algo que no merece mencionarse.

“Ellie.—¿Qué es ello, oh Capitán, oh mi capitán?

“Capitán Shotover. — (Cólericamente). Nada sino el choque del barco del piloto borracho contra las rocas, el destroce de sus podridas tablas, la fractura de sus herrumbrosos metales, el ahogamiento de sus tripulantes como ratas cogidas en una trampa.

“Ellie.—Moraleja: no es bueno beber ron.

“Capitán Shotover.—(Con vehemencia). Mientes, chiquilla. Un hombre puede beberse diez barriles de ron cada día, pero no será un piloto borracho hasta que no se convierta en un piloto extraviado, sin rumbo. Mientras él pueda seguir su rumbo, y mantenerse en el puente, y agarrar su timón, nunca será un borracho. Es al hombre que se queda bebiendo en su camarote y se confía a la providencia al que yo llamo piloto borracho, aunque no haya bebido nunca sino de las aguas del Jordán.

“Ellie.—Espléndido! Y eso que usted no ha bebido una gota desde hace una hora. Pero usted no lo necesita: no tiene el espíritu muerto.

"Caitán Shotover.—Ecos; nada más que ecos. El último cartucho se disparó hace años.

"Héctor.—¿Y este barco en que estamos todos? ¿Esta cárcel de almas que llamamos Inglaterra?"

"Capitán Shotover.—El capitán está en su cámara, bebiendo agua de asequia embotellada, y la tripulación está jugando en el castillo de proa. El barco chocará, se hundirá, estallará. ¿Creen usted que las leyes de Dios habrán de suspenderse en favor de Inglaterra sólo porque ustedes nacieron en ella?"

"Héctor.—Pues lo que soy yo no quiero morir abogado como una rata. Todavía conservo la voluntad de vivir. Decidme qué he de hacer.

"Capitán Shotover.—¿Hacer? Nada más sencillo. Aprenderse bien su profesión de inglés.

"Héctor.—¿Y cuál es mi profesión como inglés?"

"Capitán Shotover.—La navegación. Apréndala y vivirá; o descuidela y váyase al diablo."

Se oye el sonido de una explosión lejana. La nodriza Guinness corre fuera de la casa para anunciar que la policía ha dado órdenes de que todas las luces de la casa extraña se apaguen. Ya la rectoría ha sido destruída, a lo cual el místico y viejo capitán replica: "La iglesia está también rompiéndose contra las rocas. Ya dije yo que le sucedería esto a menos que no buscara a Dios mar afuera." Pero nadie, a excepción de un ladrón excéntrico y del acobardado Mangan, se ha refugiado en los sótanos. Todos, con una u otra razón, se niegan a esconderse... Lady Utterword alega que ella no se esconde por no mezclarse con los sirvientes. Es evidente que las luces de la casa no se han apagado, puesto que una nueva y más fuerte explosión vuelve a sonar. Lady Utterword le pide a su cuñado que toque en la flauta "Que no se extinga el fuego del hogar."

"La nodriza Guinness.—(Displícite).—Ya se encargarán los de allá arriba de que no se extinga el fuego del hogar.

"Randall.—(Tratando en vano de tocar).—Mis labios tiemblan, no puedo sacarle una nota.

"Mazzini.—Yo espero que el pobre Mangan estará en salvo.

"Mrs. Hushabye.—Está escondido en la cueva de cascajo.

"Capitán Shotover.—Mi dinamita le ha llevado allí. Es la mano de Dios.

"Héctor.—(Que regresa de la casa y vuelve despacio a ocupar su sitio).—'Toda-

vía hay muy poca luz en la casa. El chorro de luz contra el cielo debiera ser mayor.

"Ellie.—(Muy sobreexcitada). — Pégale fuego a la casa, Marcus.

"Mrs. Hushabye.—Mi casa! No.

"Héctor.—Ya pensé en ello, pero no habría tiempo.

"Capitán Shotover.—La hora del fallo ha sonado. El valor no les ha de salvar, pero demostrará que sus almas están vivas todavía.

"Mrs. Hushabye.—Silencio. Oigan... ¿Han oído bien? Es magnífico. (Todos dejan de mirar hacia la casa y miran hacia arriba escuchando).

"Héctor.—(Gravemente).—Miss. Dunn, usted no hace nada aquí. Nosotros los de esta casa no somos sino mariposas que vuelan hacia la llama. Sería mejor que usted bajase al sótano.

"Ellie.—(Con desdén).—Yo creo lo contrario.

"Mazzini.—Ellie, querida mía, no hay deshonor en bajar al sótano. Cualquier oficial ordena a sus soldados que se refugien bajo cubierta. El señor Hushabye se está conduciendo como un amateur. Mangan y el bandido son los únicos que están procediendo cuerdate y ellos son los que sobrevivirán.

"Ellie.—Que hagan lo que quieran. Yo quiero conducirme como un amateur. Pero ¿por qué has de exponerte tú a ningún riesgo?"

"Mazzini.—Piensa en el riesgo que están corriendo esos pobres sujetos allá arriba.

"La nodriza Guinness.—Hombre, ¡esto no más faltaba! Compadecer a los asesinos esos.

Una explosión terrible sacude la tierra. Todos van a caer en sus asientos o se agarran del primer apoyo que encuentran. Se oye caer la cristalería de las ventanas.

"Mazzini.—¿Está alguien herido?"

"Héctor.—¿Dónde cayó?"

"La nodriza Guinness.—(Con aire de triunfo).—En la misma cueva de cascajo.—Yo misma lo ví.—Lo merecemos. Yo misma lo ví (sale corriendo hacia la cueva de cascajo, riéndose destempladamente).

"Héctor.—Un marido menos.

"Capitán Shotover.—Treinta libras de excelente dinamita que se pierden.

"Mazzini.—Oh, pobre Mangan!

"Héctor.—¿Es usted inmortal para que se crea en el caso de compadecerle? Ahora nos llega el turno a nosotros.

"(Esperan en silencio en medio de gran

expectación. Hesione y Ellie se dan la mano).

“Una explosión distante se deja oír.

“Mrs. Hushabye.—(Desprendiéndose).—Oh, se han ido ya.

“Lady Utterword.—El peligro ha pasado, Randall, vete a dormir.

“Capitán Shotover.—Apaguen las luces. El barco está en salvo. (Se sienta y se duerme).

“Ellie.—(Muy decepcionada).—En salvo!

“Héctor.—(Con disgusto).—Sí; pasó. Y qué horriblemente aburrido se ha puesto el mundo otra vez de repente. (Se sienta).

“Mazzini.—(Se sienta).—Después de todo, veo que me equivoqué. Somos nosotros los que hemos sobrevivido. Y Mangan y el ladrón...

“Héctor.—Los dos ladrones...

“Lady Utterword.—Los dos hombres prácticos de negocios.

“Mazzini.—Ambos se fueron. Y el pobre clérigo tendrá que hacer una casa nueva.

“Mrs. Hushabye.—Pero qué gloriosa sensación! Yo espero que volverán mañana por la noche.

“Ellie.—(Radiante de alegría ante esta perspectiva).—Oh, y yo también!

“(Randall al fin consigue que el fuego del hogar siga ardiendo en su flauta).”

La nueva alegoría de la guerra trazada por Romain Rolland

Se ha publicado en París recientemente una nueva obra teatral de Romain Rolland que lleva por título «Liluli». En ella Romain Rolland hace una alegoría magnífica de las fuerzas que intervienen en las guerras. He aquí la descripción que hace de dicha obra un crítico que escribe en «The Nation» de Londres:

“«Liluli» es la diosa de la ilusión, cuya misión en la vida consiste en alejear al frente de todo lo joven y noble hasta conducirlo a la destrucción. A veces esta diosa de la ilusión se deja coger, y entonces deslumbra y embriaga a sus víctimas por medio de sus encantos femeninos hasta llegar a persuadirlos de que la causa peor es la mejor. «Liluli» tiene muchos amigos; tiene a la diosa Opinión, que la ayuda en su propaganda en favor de los Gordos contra los Flacos, en pro de la Guerra contra la Paz; tiene al Señor Dios, al viejo amigo y antiguo aliado del emperador William y nuestro propio auxiliar formidable contra los boers; tiene a la Paz—no la clase de paz

que va por ahí con un ramo de oliva, desde luego—sino la Paz Armada, cuya marcha marcial estremece al mundo. El primer triunfo de «Liluli» consiste en persuadir a Altair—símbolo de la juventud—que la grotesca procesión de la Paz Armada es de una espléndida y heroica magnificencia, que el feroz demonio Libertad (la libertad nacional) que va guiando la procesión armada con su látigo y sus gritos de ‘libertad o muerte’, es la diosa de la razón, y que Fraternidad, que aspira a rebajarlo todo a un nivel insensato de mediocridad, es su hermana en belleza. Y sigue así adelante sin parar la farsa gigantesca. Dos pueblos vecinos, los Hurluberloches y los Gallipuolets, resuelven construir un puente sobre el abismo que los divide. Cuando ya el puente está tendido sobre la sima y los dos pueblos están a punto de darse un abrazo, las autoridades de la paz armada, los diplomáticos, los hombres Gordos, los intelectuales alquilados, etc., se alarman y toman posesión del puente. La primera cosa que hacen es tratar de ver si soporta el peso de un cañón. Entonces, dándose cuenta de que su tarea sería imposible si permitiesen que los hombres Flacos fraternizaran de tan vergonzosa manera, ellos concentran toda su fuerza en la faena de encender una discordia entre estas pobres gentes que están a punto de entenderse y estimarse. «Liluli» hace prodigios; su hermana Opinión, acompañada por la bestia atávica que se esconde en los repliegues del alma humana, se agita de un lado para otro dando gritos estentóreos de ‘sangre y muerte para el enemigo.’ El Señor-Dios, que lleva junto a él a Verdad, muy bien amordazada y atada y con su deplorable desnudez suntuosamente vestida..., el Señor-Dios que cambia con la rapidez de un artista de «music-hall» su uniforme de Gallipulet por las insignias de un Mariscal de Campo Hurluberlochiano, salta de un lado de la sima al otro, asegurando a ambas partes su apoyo firme y decidido.

“Al fin, deslumbrados y ebrios por los gritos de Opinión y la arrebatadora música marcial producida por la numerosa orquesta de los «Intelectuales», las dos infelices multitudes se precipitan una contra otra a través del puente. Hasta Janot y Hansot, los dos agricultores típicos, cuyo sólo interés en la vida es el sacar el mayor provecho de la tierra que tienen bajo los pies, se hallan tan caldeados que se van a las manos furibundamente. Se encuentran en la mitad del puente y azuzados por sus

respectivos caudillos para que se porten como héroes, logran por fin arrojarse mutuamente al abismo. Sobreviene finalmente una inmensa y horrible catástrofe.

“Todo en la escena es un montón de ruinas, en lo más alto del cual aparece la radiante figura de «Liluli», con la lengua afuera y el dedo índice en un lado de la nariz. Debajo de las ruinas, aplastado por los escombros, yace la única persona que no lograron engatusar «Liluli» y sus aliados: Polichinela, primo hermano de Verdad, y cuya armadura contra los ataques de la ilusión está hecha de burlas y risas. El es el único que ha visto la locura, la estupidez y malignidad del mundo y, mientras la farsa se desarrolla, ha quedado aparte, haciendo comentarios irónicos sobre lo que está sucediendo. Pero Polichinela, a pesar de que no ha sido engañado como los demás, es un personaje inútil, por cuanto no ha hecho nada para evitar la catástrofe. Su prima Verdad, por un instante libre de las garras de Señor Dios, le pide ayuda. Pero Polichinela se mantiene quieto y entonces Verdad le increpa así: ‘Te ríes y burlas del pueblo, pero lo haces a hurtadillas, pnoiéndote la mano ante los labios, como un muchacho de escuela. Como tus abuelos, aquellos grandes polichinelas, los maestros de la ironía y de la risa, los Erasmos y los Voltaire, eres prudente, sí, muy prudente... Ah, tú no amas a Verdad; tú no pondrías en peligro un pelo de tu cabeza para libertarla... ¿Cuándo llegará mi verdadero amante, el poderoso espíritu conquistador de la Risa, que me levante con sus carcajadas de entre los muertos?’ ”

Y el crítico de «The Nation» declara que hay una profunda verdad en estas palabras. Los Erasmos de este mundo,—dice—por muy estimables que hayan sido sus ideas, por muy clara que haya sido su visión de la verdad, no han hecho mucho. Porque el hombre obedece muy poco a la razón. Erasmo era impotente; fué Lutero, apasionado y violento, quien arrastró al mundo tras él. Europa sería probablemente un lugar más feliz si hubiera seguido a Erasmo en lugar de Lutero, pero el hecho evidente es que los hombres no pueden ni quieren seguir a un Erasmo que no los electriza por medio de la pasión. El hombre necesario es una mezcla de ambos.

El biógrafo de Tolstoy.—Su opinión sobre el bolshevismo

Isaac McBride, en el «Pearson's Magazine» de Octubre, nos cuenta que estuvo en Gine-

bra, Suiza, en Julio de este año, y que tuvo allí una larga conversación con Paul Birukoff, el amigo íntimo y biógrafo de Tolstoy.

Birukoff nació en Rusia en el año de 1860. En 1897 tomó parte activa en el movimiento anti-militarista de Rusia, por lo que fué deportado a las provincias del Báltico. Luego se estableció definitivamente en Ginebra. A raíz de la revolución rusa de 1905, regresó a Rusia, de donde salió otra vez en 1912, de nuevo perseguido por el gobierno del Czar. Al llegar a Suiza esta segunda vez pidió y obtuvo carta de ciudadanía en dicho país.

Pasada la guerra mundial y deseoso de reanudar sus relaciones literarias con Rusia, aceptó el puesto que le ofreció la Cruz Roja rusa en Noviembre de 1918 como encargado de conducir un tren de emigrantes rusos desde Suiza hasta Moscow. Y después de tres meses de residir en Rusia, volvió a Ginebra con el último tren suizo.

McBride declara que encontró a Birukoff rodeado de su familia en un pisito modesto de la calle Muzy.—Se alegró mucho de verme —dice—por ser yo de América y porque sabía las historias terribles y absurdas que habían circulado en mi país acerca de la nueva Rusia y creía que a todo trance debía hacerse llegar la verdad hasta América. He aquí ahora lo que el viejo y bondadoso amigo de Tolstoy relató a McBride:

“Yo permanecí en Rusia desde Noviembre de 1918 hasta Marzo de 1919 y deseo hacer claro que por donde quiera que fui las cosas estaban bien, teniendo en cuenta la tremenda desorganización causada por la guerra y por la revolución.

“La comida no abunda, es verdad; pero tampoco hay abundancia de alimentos en Alemania, Austria, Turquía, Hungría, y muchos otros países; y si se puede admitir que hay suficiente alimento en Francia, Inglaterra y Estados Unidos, es también un hecho notorio que hay muchas gentes en estos países que no poseen lo suficiente para su nutrición normal. La escasez de provisiones en Rusia no puede en manera alguna, sin hacer burla de la veracidad y la decencia, atribuirse al bolshevismo. La guerra destructora que acaba de terminar es la causa principal de la falta de alimentos en todas partes; el actual Gobierno de Rusia heredó esta situación y ha estado tratando, creo que con sinceridad perfecta, de remediar este mal.

“Cuando estuve en Rusia visité al Director de la Cancillería de las Soviets y me informó que, a despecho de sus esfuerzos para la reconstrucción de la industria rusa, ésta estaba paralizada por una difi-

cultad insuperable, que no era otra que el bloqueo, y que si los aliados levantaran el bloqueo, Rusia se desarrollaría rápidamente bajo el régimen Soviet.

“Ha habido, quizás, alguna violencia, pero ciertamente que esta violencia no es característica del bolshevismo, sino hija del hecho de que Lenine y Trotzky se vieron obligados a luchar con la oposición, y como esta oposición era de un carácter violento, los bolsheviks no tuvieron más remedio que responder a ella en el mismo terreno. El Gobierno se vió obligado a lidiar con el elemento más vil que el régimen del Czar había ido produciendo, elemento de que no tardaron en aprovecharse para sus intrigas los reaccionarios que deseaban destruir las Soviets.

“Yo sé que en las provincias donde hizo su aparición Koltchack se vieron más crueldades que las que jamás soñaron en cometer los bolsheviks.

“Soy absolutamente enemigo de la violencia, en todos sus aspectos y no importa cuál sea su fin, pero no puedo menos de admitir que el hombre está constituido de tal manera que la violencia es inevitable bajo ciertas condiciones.

“Nosotros los tolstoyanos nos hemos puesto al lado del Gobierno bolshevik, porque entendemos que el verdadero sentimiento que lo anima es el de la emancipación del hombre de las cadenas del feudalismo económico.

“Rusia seguirá labrando sus propias destinos si se le da una honrada oportunidad de hacerlo, pero temo que los Gobiernos aliados están en guerra con ella por todos lados porque no quieren su triunfo.

“Acabo de enterarme, por despachos recientes de la Prensa, que se está preparando un crimen nuevo, más monstruoso que los anteriores: la Entente va a enviar todos los prisioneros rusos que están todavía en Alemania—y hay de éstos cientos de miles—al ejército de Denikin. El despacho dice que la Entente sabe que la mayoría de estos prisioneros es bolshevik y que, sin embargo de ello, los envía a las manos de sus enemigos para que sean asesinados, matados a tiros como los perros, como ya se hizo con un destacamento anterior.

“Díganle a los Estados Unidos que, por el bien de la verdad y la justicia, le dé a Rusia una oportunidad, que retire sus tropas al instante, que levante el bloqueo y consienta en establecer relaciones humanas con la Rusia Soviet; pues al proceder así salvará millones de vidas y estará al mis-

mo tiempo aplicando el derecho de autodeterminación de que su Presidente se manifestó tan exaltado partidario durante la guerra.”

Termina McBride diciéndonos que al acabar de hablar Birukoff se abrió la puerta y entraron cinco o seis muchachos y muchachas. Era su hora de clase en los principios de la filosofía de Tolstoy. “Hacia tiempo que Birukoff les daba clase.”—Me despedí de él apretándole afectuosamente la mano—concluye—y salí convencido de que acababa de conocer a un hombre con cuya filosofía yo podía estar en desacuerdo, pero de cuya honradez e integridad no era posible dudar de buena fe.

Kipling acusado de vulgaridad poética

El crítico inglés Robert Lynd, en un libro que acaba de publicar intitulado «Los maestros viejos y nuevos», la emprende contra el famoso poeta inglés Rudyard Kipling, a quien pone de vuelta y media, diciendo de él entre otras cosas que debe su fama, más a su proceder astuto con los poderosos, que a su arte.

Alega Mr Lynd en su acusación contra Kipling que su imperialismo le ha llevado mucho más allá de lo que jamás soñaron los Disraeli y Tennyson, pues en tanto que éstos hablaban de las cosas buenas del imperalismo inglés y se callaban púdicamente las malas, Kipling ha cantado todas las brutalidades y borracheras de los constructores del imperio, sin exceptuar ninguna.

“Para él, éstas no eran cosas que debían callarse, sino que, al contrario, las aceptaba abiertamente y hasta cabe la sospecha de que hay no poco entusiasmo en la manera cordial con que él se refiere a ellas.”

Más adelante declara Lynd que lo primero que entusiasmó a los jóvenes ingleses en favor de Kipling fueron sus malas palabras. Su adaptación a la literatura de los giros del lenguaje de cuartel, les parecía que les iniciaba en una vida al mismo tiempo más real y más romancesca que el tranquilo ritual, de tres comidas por día, de sus casas.

El crítico recuerda, al mencionar los aires de hombre amplio que se da Kipling, el dicho de Oscar Wilde de que Kipling “había visto muchas cosas extrañas... por el ojo de la cerradura.” Y agrega:

“Su imperialismo es algo mezquino y despreciable, porque no es más que el resultado de una visión de ojo de cerradura de la ciudad. Espiritualmente, puede decirse que Mr. Kipling ha visto miles de millas y miles de lugares a través del ojo de la cerradura. En él el mucho vagar ha

producido estrechez de criterio y el concepto del imperio inglés se ha convertido en sus escritos en algo tan vulgar como un tesoro en la buhardilla de un avaro.”

Los judíos defendidos en Francia por una agrupación de notables hombres de letras

Han sido tantas las persecuciones sangrientas realizadas en la Europa oriental contra los judíos, que unos cuantos hombres de letras de Francia han lanzado un manifiesto en París protestando ante la humanidad de tales atropellos. El manifiesto lo firman hombres tan eminentes como Anatole France, Pierre Mille, Charles Seignobos, el historiador; Henri Barbusse, Victor Margeritte, Michel Cordav, M. Aulard, el historiador; Emile Cambes, Profesor Larnaude, Albert Thomas, George Duhamel, Ernesto Lavisse, de la Academia francesa, y muchos otros hombres de reconocido prestigio literario.

El manifiesto dice así:

“Un grito de horrible desesperación llega hasta nosotros desde la Europa oriental: desde Polonia, Lithaunia, Ucrania, Galicia, Rumania, un pueblo entero nos pide socorro con desgarrador acento.

“Los judíos de la Europa oriental están siendo hoy las víctimas inocentes de todas las contiendas nacionales de carácter político y social.

“Las ambiciosas rivalidades de los gobiernos y los partidos, toda la sanguinaria locura de las guerras civiles se ha desencadenado contra las infortunadas minorías de judíos con frenesí criminal. Comparadas con las recientes atrocidades, las carnicerías llevadas a cabo bajo el régimen del Czar se reducen a un juego de niños.

“En más de cien pueblos de Ucrania matanzas innumerables han sido perpetradas y miles de desgraciados han sido sometidos hasta el último aliento a las torturas más abominables.

“En Besarabia, ocupada por las tropas rumanas, las autoridades militares toleran toda clase de atropellos contra los judíos. En la Galicia oriental una ola de sangre ha seguido a la invasión de los polacos. En Lemberg el reino del terror está en auge. Los horrores de Pinsk, Lida y Vilna han añadido nuevas páginas de lágrimas y sangre a los trágicos anales de la historia judía.

“En más de cien ciudades de Ucrania miles de víctimas han perecido. Las carnicerías van acompañadas invariablemente de los más crueles tormentos y de los más horribles ultrajes físicos y morales. En

Proskourov, miles de judíos han sido asesinados; en Filchtiene, Jitomir, Balta, Habidievka, Bobry (la colonia agrícola judía), Litine, Kamenetz-Podolsk, Kitalgorod, Troskinetz, etc., el número de víctimas es enorme.

“En Ucrania las matanzas prosiguen en un grado tal que es de temer la total extinción de la raza judía en dicho país.

“Todo un pueblo se ve amenazado en su existencia en medio de la civilización europea y en el momento en que la aurora de una nueva era renueva en el corazón del mundo la esperanza de un régimen social que garantice la libertad y la justicia.

“Es necesario que se formen comités para para la defensa de los judíos de la Europa oriental y que esos comités desarrollen una acción rápida y vigorosa contra los opresores.

“Es necesario que la opinión pública se despierte mediante las protestas de las masas y la voz poderosa de la Prensa.

“Que todos los representantes del pueblo en los parlamentos del mundo levanten su voz contra estas sanguinarias iniquidades. Es el deber imperativo de todo pueblo libre y de todo Gobierno responsable el poner fin a estas monstruosas violaciones de los derechos humanos.

“Demandamos la inmediata organización de un comité de defensa investido de toda la autoridad necesaria. Los millones de judíos oprimidos no tienen otra salvaguardia que el apoyo moral del mundo civilizado unido y ellos tienen puestas todas sus esperanzas en los sagrados derechos del hombre a la vida y a la libertad.”

Vicente Blasco Ibáñez juzgado por Rebeca West

Rebeca West escribe un artículo en el «Daily News» de Londres en el que dice cosas muy interesantes acerca de Blasco Ibáñez.

Lo primero que sorprende hasta la estupefacción a esta brillante escritora es la declaración que, “en un raptó de entusiasmo más pro-aliado que literario,” ha hecho el escritor William Dean Howells en favor del novelista español, de quien dice que “no hay francés, ni inglés, ni noruego, hoy, que pueda medirse con Vicente Blasco Ibáñez; y, por supuesto, ningún italiano—de americanos y alemanes no hay que hablar—que se pueda considerar a la altura de éste, el «primero de los novelistas contemporáneos de Europa».

La señorita West dice que es tiempo ya de desinflar el globo de Ibáñez y de oponer

a la corriente necia de atropellados ditirambos que se le dedican un más juicioso concepto del escritor español. Pero cedámosle la palabra a ella misma.

“En realidad, Blasco Ibáñez no es en manera alguna un gran artista. Es únicamente algo que, aunque muy bello, es muy diferente, o sea, un «gran caballero» que escribe novelas. Es imposible tener de él igual concepto que de otros maestros europeos, como Conrad o Anatole France, y hasta es ofensivo que se nos presente en serio una comparación semejante. Es como si un buen señor, de edad proveya y de muy gentiles maneras, fuera de repente requerido durante una noche de fiesta para poner a prueba su derecho a participar de ella cantando una canción o bailándose un tango.

“Ibáñez tiene muchas faltas como escritor. Es difícil encontrarle congéneres en la novela de otros países, pues, como ha sido costumbre de la literatura española desde hace siglos el hallarse siempre a algunas décadas detrás de las modas europeas, Ibáñez sigue trabajando tranquilamente—sin abrigar la más ligera sospecha de lo fiambre de su labor—bajo la influencia de la escuela naturalista francesa del siglo pasado. Y ni siquiera esto lo hace muy bien.

“Casi siempre escribe con tal minuciosidad en la descripción de detalles que les da a algunos la impresión de fuerza, de vigor imaginativo, cuando en realidad en esto tenemos la mejor demostración de una falta absoluta de agilidad mental, de falta de imaginación que no le permite nunca saltar sobre lo inesencial, si bien es justo declarar que nunca por más de diez líneas ha escrito con un estilo tan feo, tan pesado e indigesto como el que usa en los «Cuatro Jinetes del Apocalipsis». Ni siquiera en «Sonica», que no es más que una imitación esmerada de Salambó, se vuelve tan intolerable. A menudo, demasiado a menudo, sus figuras principales hacen tiradas de mera propaganda hueca, y los personajes secundarios que introduce sólo tienen la misión de servirle de pretexto al autor para que relate anécdotas acerca de ellos.

“Por otra parte, Ibáñez muestra tener un espíritu muy bello. En su aire de cortesía hacia la especie humana se parece a don Juan Valera. De la misma manera que

una persona bien educada obliga a las cosas que suceden junto a él a suceder agradablemente, por cuanto suele interpretar todo cuanto se dice y se hace en la forma más amable, Ibáñez llena sus libros de una atmósfera de dignidad por el simple hecho de que nunca puede interpretar ningún incidente de un modo muy embarazoso para sus personajes.

“En «Sangre y Arena», ese libro tan interesante, aunque demasiado enciclopédico, acerca del toreo, nos habla de los amores entre el matador y la aristócrata decadente con la más plena conciencia de lo repulsivo del capricho de la gran señora y del daño que ésta le causó al pobre hombre, vano y simple, y, sin embargo, evita con el más escrupuloso cuidado el llevarnos a los incidentes brutales que cualquiera otro escritor hubiera creído necesario para el desarrollo sincero de su argumento. Y esta tendencia a saltar por encima de lo feo no es sentimentalismo, pues nunca se le ve transigir cuando se trata de cuestiones espirituales. Es simplemente un triunfo de las buenas maneras en una esfera desusada. Pero, además, Ibáñez es un gran liberal, y esta circunstancia, si se tiene en cuenta que es español y que empezó a escribir hace treinta años, cuando España era una residencia bastante incómoda para el liberalismo, significa que su valor es una espada de fino temple. Precisamente, esta fusión de la urbanidad y la intrepidez es lo que da a sus mejores obras, por ejemplo a «La Catedral», un mérito que está muy por encima de su valor como obra de arte.

Después nos habla la inteligente escritora de «Los Cuatro jinetes del Apocalipsis». Según ella, esta obra está llena de esta cualidad de integridad y valor personal.

“Es algo así como una «Mr. Britling Sees It Through» (obra de Wells), escrita desde un punto de vista español, o más bien hispano-americano, e inspirada en una noble indignación contra el pro-germanismo de sus paisanos. Blasco Ibáñez escribió esta obra con una gran vehemencia, parte porque su generoso corazón se revelaba contra las agonías de Francia y de Bélgica y parte porque él aspiraba a salvar el alma de su propia tierra de las garras de su peculiar e idiota imperialismo, que es la maldición de la política española.

Trabajos Notables

(Traducciones y reproducciones selectas)

La educación y el militarismo.—Un gran discurso de Anatole France

En el periódico francés «L'Humanité» de Agosto, encontramos el gran discurso que pronunció Anatole France el día 7 de Agosto, ante el Congreso de los maestros de Instituto celebrado en Tours. Considerando como consideramos a Anatole France el más alto pensador francés de la época presente, creemos que este discurso, por la trascendencia enorme de las cuestiones que trata, debiera hacerse circular profusamente en todos nuestros países hispano-americanos, y con esa esperanza nos apresuramos a traducirlo con la mayor fidelidad posible:

“Ciudadanos: queridos camaradas: es un antiguo amigo vuestro quien va a hablaros. Uno que estuvo con vosotros, junto al gran Jaures, en 1906, cuando comenzábais a luchar por el derecho a uniros. Una vez conquistado el derecho, era necesario regular su uso, y hé aquí por qué vuestros sindicatos se reúnen ahora.

“Este Congreso tiene, además, otro objeto de capital importancia: la reorganización de la educación elemental. Sólo debéis contar con vosotros mismos para realizarlo. Vuestro propio sentido de la prudencia os guiará.

“Fué con verdadero regocijo que yo me enteré ayer por un periódico de la idea de nuestro amigo Glay sobre esta cuestión. ‘La guerra—dice él—ha demostrado suficientemente que la educación popular de mañana debe ser enteramente distinta de la de ayer.’ Yo me he apresurado a abrirles a ustedes el corazón; y veo que el de ustedes está de acuerdo con el mío.

“Maestros, queridos amigos, es con una ardiente emoción que yo me dirijo a ustedes; conmovido hasta lo más hondo por la esperanza y la ansiedad es como les estoy hablando. ¡Y cómo podría dejar de estar profundamente conmovido al considerar que el porvenir está en vuestras manos y que depende principalmente de lo que vuestro espíritu y vuestro cuidado hagan de él!

“Al educar al niño ustedes estarán moldeando el futuro. ¡Qué gran tarea en este momento, cuando el mundo se está desplomando, cuando el viejo orden social se bambolea ya bajo el peso de sus culpas, y cuando conquistadores y conquistados han sido precipitados al mismo tiempo en una común desgracia, en medio de la cual llenan el espacio de gritos de odio!

“En el desorden moral y social ocasionado por la guerra, y perpetuado por la paz que la ha seguido, vosotros sois los que tenéis que construirlo todo de nuevo. ¡Tened valor! ¡Recobrad el buen humor! Son ustedes los que van a crear una nueva humanidad, son ustedes los que van a despertar una nueva inteligencia, si no quieren que Europa caiga para siempre en la barbarie y en la demencia.

“Algunas gentes os dirán: ‘¿Con qué objeto afanarse tanto? Los hombres no cambian.’ Pues bien, los hombres han cambiado, han estado cambiando desde la edad de los habitantes de las cavernas, ya para empeorar, ya para mejorar. El hombre cambia con el medio, y es la educación lo que le transforma, en mayor grado quizás que el aire y el alimento. Indudablemente, la educación que ha hecho posible, que ha preparado (habiendo sido virtualmente uniforme en los pueblos que llamamos civilizados) la horrorosa catástrofe bajo la que hemos quedado medio enterrados, no debe tolerarse que continúe ni por un momento más. Y, sobre todo, es necesario deterrar de las escuelas todo aquello que hace al niño amar la guerra y sus crímenes; y para sólo esto serán necesarios muchos y constantes esfuerzos, a menos que todas sus panoplias sean barridas pronto y totalmente por un viento de revolución mundial.

“En nuestra burguesía, grande y pequeña, y hasta en nuestro proletariado, los instintos destructores que nosotros reprochábamos a los alemanes, reciben día tras día el más esmerado cultivo. Hace algunos días el amable La Fouchardiere le pidió a un librero algunos libros para niñas de cor-

ta edad. El librero sólo le pudo mostrar historias y cuadros de asesinatos, carnicerías, matanzas y exterminios. En los próximos festejos de la Mi-Careme hemos de ver en París, desfilar por los bulevares y por los campos Elíseos, miles y miles de muchachitos a quienes sus incautas madres habrán vestido esmeradamente con uniforme de generales y mariscales. El cine les mostrará a estos muchachitos las bellezas de la guerra, preparándoles así para la carrera militar... Y mientras haya soldados, habrá guerras. Nuestros diplomáticos les han dejado ejércitos a los alemanes sólo para tener ellos un pretexto de mantener ejércitos mayores. Desde que está envuelto en pañales se le empieza a preparar al hombre para soldado.

“Amigos míos, tenemos que romper para siempre con estas abominables costumbres. El maestro debe enseñarle al niño a amar la paz y sus faenas; debe enseñarle a detestar la guerra; debe eliminar de la Educación todo cuanto contribuya a despertar odios para el extranjero, y hasta odios para el mismo enemigo de ayer: no porque sea necesario el mostrarse indulgentes con el crimen y absolver a los culpables, sino porque un pueblo, sea cual sea, y en cualquier momento en que le juzguemos, se compone de más víctimas que criminales; porque el castigo del culpable no debe alcanzar a las generaciones inocentes, y porque, finalmente, todos los pueblos y todos los hombres tienen mucho que perdonarse los unos a los otros.

“En un hermoso libro que acaba de aparecer, y cuya lectura os recomiendo, *«Les Mains Propres»*, un estudio sobre la educación sin dogma, Miguel Corday ha escrito estas bellas palabras que yo traigo ahora en apoyo de las mías. Dice él: ‘Yo odio todo cuanto rebaja al hombre al nivel de la bestia, forzándole a atacar todo aquello que no se parece a él.’

“¡Oh, esta idea terrible! Yo ruego con todo el corazón para que desaparezca de la superficie de la tierra. Yo sólo tengo odio en mi alma para el odio.

“¡Amigos míos, hacer que se odie al odio! Es la parte más necesaria y más sencilla de vuestras tareas; la condición en que ha dejado a Francia y al mundo entero la terrible guerra pasada os impone deberes extremadamente complejos y, por consiguiente, muy difíciles de cumplir. Perdonadme si insisto en esto: es sólo porque es el punto esencial, del que depende todo lo demás. A ustedes les incumbe, sin esperar ajena ayuda ni aun consentimiento, el cambiar la instrucción primaria desde

abajo hacia arriba, con el fin de hacer obreros. No hay sitio hoy en nuestra sociedad sino para los trabajadores; el resto será barrido por la tormenta. Haced obreros inteligentes, instruídos en las artes que practiquen, conscientes de lo que deben a la comunidad nacional y a la comunidad humana.

“Quemad todos los libros que enseñan a odiar. Exaltad el culto al trabajo y al amor. Desarrollemos hombres razonables, capaces de pisotear con desprecio todos esos vanos esplendores de bárbaras glorias, y también de resistirse a las ambiciones sanguinarias de los nacionalismos e imperialismos que han aplastado a sus padres.

“No más rivalidades industriales, no más guerra: paz y trabajo. Descémoslo o no, es llegada la hora en que hemos de disponernos a ser ciudadanos del mundo o a presenciarse la ruina total de la civilización. Permittedme, amigos, que exprese uno de mis ardientes deseos, un deseo que tengo necesidad de expresar breve y deficientemente, pero cuya idea cardinal me parece propia para sacudir a todos los corazones generosos. Yo deseo con toda mi alma, que una delegación de maestros de todas las naciones se una pronto a la Internacional de obreros, con el fin de redactar conjuntamente el programa para una forma universal de Educación y para cambiar ideas y nociones de todo género conducentes a la implantación de métodos escolares de los que surja la paz del mundo y la unión de los pueblos.

“¡Razón, inteligencia, cultura: fuerzas todas de la mente y del corazón a las que he consagrado devotamente mi vida entera!; venid a mí, ayudadme, prestadle resonancia a mi débil voz; hacedla llegar, si ello es posible, a todos los pueblos de la tierra y difundidla por donde quiera que haya hombres de buena voluntad deseosos de oír el acento de la verdad redentora! Un nuevo orden de cosas ha nacido. Los poderes del mal parecen envenenados por sus mismos crímenes. Los voraces y los eructes, todos los devoradores de pueblos, están reventando ya de una indigestión de sangre.

“Aunque cruelmente heridos y magullados por los pecados de sus ciegos y corrompidos señores, aunque mutilados y diezmados, los proletarios se levantan y marchan erguidos hacia su ideal de una unión universal del proletariado que convierta en realidad la gran profecía del socialismo. «La unión de los trabajadores ha de traer la paz universal.»